

# La clase de Historia que nos debemos

Para formar valores y sentimientos patrios, la enseñanza de la historia constituye un pilar fundamental, porque encierra las proezas y sacrificios que nos han traído hasta aquí, sin cuyo conocimiento resultará difícil sacar fuerzas para resistir y avanzar en el presente.

Por mi formación como historiador y periodista, llevo conmigo el recuerdo de los buenos maestros y profesores de esa materia que tuve y conocí, entre los cuales destaco a Arístides Rondón Velázquez, un Maestro, así con mayúsculas, que con sus brillantes disertaciones lograba que se viviera la historia; lo hacía, en primer lugar, desde el conocimiento, porque no se puede enseñar lo que no se domina.

Cuando hablaba de Céspedes, Gómez, Maceo, Quintín o Guillermon, entre otros próceres de la guerra independentista, parecía como si montara a caballo y blandiera el machete en plena clase. Y si de Martí se trataba, Arístides no olvidaba contar las peripecias de aquel jovencito que, con apenas 16 años, fue capaz de llamar «bárbaro opresor» a la metrópoli que esclavizaba a su patria, o calificar a un discípulo de apóstata, por servir a España y traicionar la confianza del maestro Rafael María de Mendive.

Tampoco dejaba de describir las secuelas dejadas por los hierros sobre la piel y el alma de un apóstol adolescente que arrastró grilletes, día y noche, en las canteras de San Lázaro; suceso que lo llevó a expresarle a doña Leonor, en una foto enviada: «Mírame, madre, y por tu amor no llores: Si esclavo de mi edad y mis doctrinas, tu mártir corazón llené de espinas, piensa que nacen entre espinas, flores».

Por el profesor Arístides Rondón muchos conocieron que el héroe de Dos Ríos tuvo novias como Blanquita Montalvo y Carmen Zayas Bazán; que supo desatar las pasiones de María García Granados, la *Niña de Gua-*



martirena

temala, o que había sido capaz de gastarse el dinero en bien de Cuba, mientras andaba con los zapatos rotos en la fría Norteamérica. Para mi maestro, esos detalles también eran importantes.

Así transcurrían sus disertaciones. Y es que la historia, como la enseñaba él, se convertía en anécdota viva, relato cercano, narración y análisis profundo de los sucesos, a partir de la actuación de sus protagonistas. «¡Y todo el que sirvió es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la Revolución de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego», dijo Martí, al referirse a los héroes de la Guerra Grande, una lección que Arístides aprendió muy bien y que luego transmitió a sus alumnos.

Cierto que estos son otros tiempos. Sin embargo, hoy más que nunca se precisa de docentes que logren combinar sapiencia y corazón, de lo cual el profesor Rondón fue

un vivo ejemplo; porque él, además de un buen patriota, siempre estuvo dispuesto a leer y a estudiar todo cuanto caía en sus manos, sabedor de que la base de la enseñanza de esta materia radica, en primer lugar, en el conocimiento, sin olvidar, desde luego, los buenos métodos para su enseñanza.

Recuerdo que siempre decía que cuando eso no ocurre, el maestro acude a lo más fácil, o sea, convertir la asignatura en una sucesión de causas y consecuencias, obviando lo más importante: el hecho histórico. «Para motivar, crear valores y sentimientos, debe acudirse, en primer lugar, a los acontecimientos y personalidades de nuestra historia, y presentar a estos últimos tal como fueron, con sus virtudes y defectos; de lo contrario, se mostrará a los niños y jóvenes seres poco creíbles», expresaba.

Sobre el tema, el avezado historiador decía también: «No son los héroes perfectos e inalcanzables, esculpidos en mármol, que habitan en algunos libros y clases de Historia, los que debiéramos mostrarles a nuestros alumnos; sino aquellos que, además de sus grandezas en el campo de batalla, también amaron, sintieron miedo y hasta se equivocaron en ocasiones».

Al profundizar en el tema, Arístides reflexionaba: «Por qué no hablar de las contradicciones entre Martí, Gómez y Maceo en la entrevista de La Mejorana; o que el Apóstol fue, en algún sentido, una persona incomprensible, incluso por sus padres; o las diferencias entre los participantes en la Asamblea de Guáimaro», por solo citar algunos ejemplos extraídos de nuestra historia.

En ese caso, el buen profesor siempre insistirá en que, a pesar de esas contradicciones, errores, equivocaciones o deslices, esos héroes supieron estar a la altura del momento histórico que les tocó vivir, y, por

encima de todo, entendieron que la patria, como bien dijo Martí, «es ara y no pedestal».

Al abordar otra arista interesante del tema, el reconocido profesor de escuelas primarias, la Universidad Pedagógica Félix Varela y otros centros reconoce la necesidad de hablar también de otros héroes más cercanos, de los que tenemos por cientos al doblar de la esquina, en la cuadra, en la fábrica, en el centro docente o en la oficina.

«¿Es que acaso quienes pelearon en Giron, estuvieron en la Crisis de Octubre o realizaron la Campaña de Alfabetización no hicieron historia?», se pregunta, y menciona, asimismo, a los miles de cubanos que cumplieron misiones internacionalistas en lejanas tierras, la mayoría de los cuales son héroes anónimos de este país.

Debemos contar con ellos, acercarlos a las escuelas, a los más jóvenes, para que les narren sus proezas y sufrimientos en Angola o Etiopía; las vicisitudes vividas durante el enfrentamiento a la pandemia de la COVID-19 en más de 40 naciones del mundo o en el combate al ébola en África, por solo citar algunos ejemplos de ese arrojo cotidiano que tanto abunda en los hijos de esta tierra. Al no hacerlo, estamos perdiendo una oportunidad para fomentar valores e incentivar las tradiciones patrias, señala Rondón Velázquez.

Corren tiempos difíciles, y muchos de los valores que nos han distinguido como nación se han fracturado. En ese sentido, vale la pena repensar el rol que puede desempeñar la enseñanza de la historia, porque en ella está el principal sustento moral para alimentar nuestra cubanía, y salvaguardar la independencia y la soberanía nacionales.



Por Freddy Pérez Cabrera  
(freddy@vanguardia.cu)



Por Idalia Vázquez Zerquera  
(idalia@vanguardia.cu)

Calles a la espera de la recogida de desechos sólidos y ríos contaminados debido al arrojo indiscriminado de basura a las corrientes del Bético y el Cubanay caracterizan el actual entorno de Santa Clara, una ciudad que en otro momento fue considerada ejemplo de pulcritud y limpieza, y que hoy exhibe una imagen tristemente distinta a la de antaño.

La situación con la basura —asunto pendiente que por su importancia retorna a nuestras páginas— se agudiza cada día ante el déficit de combustible y la falta de piezas de repuesto para reparar los camiones empleados con estos fines, cuya explotación demanda de un reemplazo inmediato.

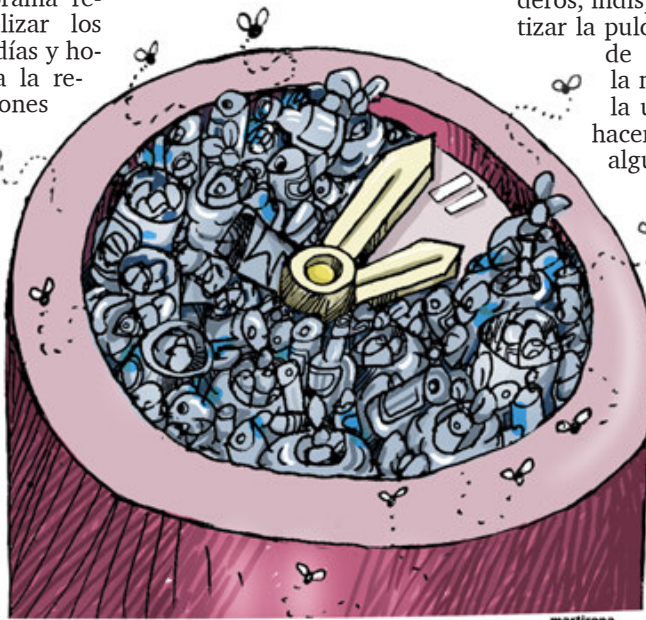
Esta situación obliga a alquilar equipos de otros sectores para

acometer la tarea en una ciudad que genera, diariamente, altos volúmenes de desechos sólidos.

Con semejante panorama resulta imposible estabilizar los itinerarios y definir los días y horarios establecidos para la recogida, y en las condiciones actuales los ciclos se alargan más allá de los siete días.

Agravan la situación la presencia de los «buzos» callejeros —nombre popular con el que se conoce a quienes revuelven los desperdicios para recolectar materia prima con destino a las tiendas de compra de la industria del reciclaje—, quienes deambulan por las calles a toda hora en busca de artículos reciclables, mientras es-

parcen los desechos por doquier, llevados y traídos por la acción del viento.



Conspira también contra las aspiraciones de mantener limpia la ciudad la ausencia de barrenos, indispensables para garantizar la pulcritud de las vías desde horas tempranas de la mañana, antes de que la urbe despierte, y solo hacen acto de presencia en algunas arterias principales, como las calles Unión, Maceo, Martí y Juan Bruno Zayas, debido a la falta de personal que se dedique a la tarea.

Aplaudo la incorporación de triciclos eléctricos como alternativa viable para la recogida de basura en el centro histórico de Santa Clara. Sin embargo, por una u otra ra-

zón no siempre están disponibles, y cuando fallan, los contenedores distribuidos por la urbe se convierten en verdaderos infiernos, al depositarse allí cualquier tipo de desechos, incluidos escombros, como sucede con el situado en la esquina donde convergen las calles Céspedes y Plácido, así como en Juan Bruno Zayas y Boulevard, y Plácido y Martí, por citar algunos ejemplos.

Al parecer, el mal que aqueja a Santa Clara y otros municipios y provincias, se ha convertido en algo normalizado, como si las personas tuvieran orejas que les impiden mirar hacia los lados y darse cuenta de la urgencia de emprender acciones para paliar una problemática que afecta a todos por igual.

Los tiempos difíciles o la falta de recursos no pueden ser motivo para la indiferencia. Entonces, habrá que apelar al sentido común y la conciencia de cada cual, para rescatar la limpieza, el orden y la disciplina, y recuperar lo que nos distinguía y hacía únicos en el país, mientras llegan tiempos mejores que garanticen un adecuado manejo de la basura que generamos.